

persado la multitud, podrían salir los coches por la puerta del Dragón. La guardia nacional de Versalles vigilaba y cerró el paso.

La reina persistía en no querer salir sola. Creía, con razón, que

MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Trajes y peinados.—(De figurines y miniaturas de la época)

separándose del rey no habría para ella seguridad en ninguna parte. Cerca de doscientos gentilhombres, muchos de los cuales eran diputados, se ofrecieron á ella para defenderla y le pidieron una orden para tomar caballos en sus cuadras. La reina los autorizó para el caso

de que el rey estuviera en peligro, según ella decía. Lafayette antes de entrar en Versalles hizo renovar el juramento de fidelidad á la ley y al

MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Trajes y peinados.—(De figurines y miniaturas de la época)

rey. Advirtió al rey de su llegada y éste le repuso «que lo vería con placer y que acababa de aceptar su Declaración de los derechos.» Lafayette entra solo en el castillo con grande asombro de los guar-

dias y de todo el mundo. En el salón llamado Ojo-de-Buey un hombre de corazón dice locamente: «He ahí á Cromwell.» Y Lafayette, muy sereno, responde: «Señor, Cromwell no hubiera entrado solo como yo.»

«Aparecía muy tranquilo—dice Madame de Stael (que estaba presente),—nadie lo había visto jamás de otro modo; su delicadeza sufría con la importancia de su papel.»

Fué tanto más respetuoso cuanto más fuerte parecía. De otra parte, la violencia que sobre él había hecho el pueblo le hacía más realista que nunca lo había sido.

El rey dió á la guardia nacional los puestos exteriores del castillo; los guardias de corps conservaron los interiores. Los mismos de fuera no fueron enteramente confiados á Lafayette. Queriendo pasar una de sus patrullas al parque, no pudo hacerlo por haberles cerrado la verja.

El parque estaba ocupado por guardias de corps y otras tropas; hasta las dos de la mañana esperaron al rey, en el caso de que se decidiese por la fuga. A aquella hora, tranquilizado el rey por Lafayette, se envió orden á las tropas de que podían retirarse á Rambouillet.

A las tres de la madrugada levantó la Asamblea la sesión. El pueblo se había dispersado y acostado donde había podido, en las iglesias y en los soportales.

Maillard y muchas mujeres, entre ellas Luisa Chabry, habían marchado á París, poco después de la llegada de Lafayette, llevando los decretos sobre los granos y la Declaración de los derechos.

Costó mucho trabajo á Lafayette alojar sus guardias nacionales; mojados y estropeados buscaban donde comer, secarse y descansar. El mismo, creyéndolo todo tranquilo, fué al hotel de Noailles y durmió como se duerme después de veinte horas de esfuerzos y agitaciones.

Muchas gentes no dormían, sobre todo los que habiendo salido de París aquella noche no estaban agotados por las fatigas del día precedente. La primera expedición, en que dominaban las mujeres, muy espontánea, muy inocente, por decirlo así, determinada é impulsada por la necesidad, no costó sangre. Maillard alcanzó la gloria de conservar algún orden en el desorden mismo. El *crescendo* natural que se observa siempre en tales agitaciones, no permitía creer que la segunda expedición sería tan tranquila, aunque fuese hecho bajo el cuidado de la guardia nacional y como de acuerdo con ella. Además, había hombres decididos á obrar individualmente; muchos eran furiosos fanáticos que hubieran querido matar á la reina (1), otros que se tenían por tales y parecían los más violentos, eran, sin duda alguna, ladrones conocidos por la policía. Estos calculaban su obra en un asalto é invasión del castillo, ya que en la Bastilla no encontraron cosa digna de su rapacidad. ¡Pero ahora aquel

(1) No veo motivo en *El Amigo del Pueblo* para que se pueda atribuir á iniciativa de Marat las violencias sanguinarias. Es cierto que Marat se agitó mucho. «Marat vuela á Versalles, vuelve como el rayo, hace el solo tanto ruido como las cuatro trompetas del juicio final, gritándonos: ¡Oh, muertos, levantaos!» Camilo Desmoulins *Las Revoluciones de Francia y de Bravante*, tomo III, pág. 339.

maravilloso Palacio de Versalles donde todas las riquezas de Francia se habían acumulado durante un siglo, se abría para el pillaje, presentando una hermosa perspectiva!

A las cinco de la mañana, antes del día, una enorme multitud rondaba ya alrededor de las verjas armada con picas, hoces y hachas. No tenían fusiles. Viendo á los guardias de corps de centinela en las puertas, obligaron á los guardias nacionales á disparar sobre ellos; éstos obedecieron, pero cuidando de tirar muy alto.

Entre aquella multitud que vagaba ó se mantenía quieta calentándose junto á las fogatas que había hecho, se encontraba el abogado Verrières montado sobre un gran caballo. Pasaba por ser uno de los fanáticos más violentos. Desde la noche se le esperaba, diciendo las gentes que nada se haría sin él. También estaba allí Lecointre, que peroraba, iba y venía.

Las gentes de Versalles estaban, acaso, más animadas que las de París, cuyo odio á la corte y á los guardias de corps era ya antiguo; pero los versalleses habían desperdiciado la ocasión de caer sobre los guardias y la corte y querían ahora saldar la cuenta que tenían pendiente. Entre ellos había numerosos obreros (¿de la fábrica de armas?), gentes rudas que se calentaban demasiado con el fuego y la excesiva bebida.

A las seis de la mañana esta mezcla de parisienses y versalleses escaló ó forzó las verjas, avanzando por las avenidas del castillo, temerosa y vacilante. El primer muerto, según los realistas, lo fué de una caída sobre un escalón de mármol. Según otra versión más verosímil, fué muerto de un tiro disparado por los guardias de corps.

Unos se dirigían á la izquierda, hacia las habitaciones de la reina; otros á la derecha, hacia la escalera de la capilla, más cerca de las habitaciones del rey.

En la izquierda, un parisién que corría de los primeros, sin armas, encuentra á un guardia de corps que le hiere con su espada; se mata al guardia de corps y se sigue.

En la derecha iba delante un miliciano de la guardia de Versalles con las manos agarrotadas por el frío.

Aquel hombre y otro, sin responder al guardia que les hablaba desde la escalera, descendiendo algunos escalones, se esforzaban por tirarle para librar á la multitud que venía detrás. Los guardias los atrajeron y mataron, pero costó la vida á dos de ellos, y los demás huyeron por la gran galería hasta el Ojo-de-Buey, entre los departamentos del rey y de la reina. Otros guardias estaban ya allí.

El ataque más furioso fué al departamento de la reina. La hermana de su ayuda de cámara, madame Campan, entreabrió la puerta y vió un guardia cubierto de sangre que detenía á los furiosos. Cierra la puerta y rápidamente quiere poner un jubón á la reina y conducirla á las habitaciones del rey... ¡Momento terrible!... La puerta interior está cerrada

por fuera. Se llama en ella á puñetazos... Nadie responde... El rey no estaba en sus habitaciones; había tomado otro camino para dirigirse á las de la reina... En aquel momento se oye un pistoletazo disparado muy cerca; después un tiro de fusil.

«Amigos míos, mis queridos amigos—gritaba la reina deshecha en lágrimas,—salvadme y salvad á mis hijos.»

La reina llevaba consigo al delfín. La puerta, al fin, se abre y la reina se salva en las habitaciones del rey.

Queriendo entrar la multitud, llama en el Ojo-de-Buey. Los guardias habían hecho allí una barricada con bancos, taburetes y otros muebles... Esperaban la muerte... De pronto cesan los golpes en la puerta. Una voz enérgica dice: «¡Abrid!» Como no quisieran abrir, la misma voz repite: «Abrid, señores guardias de corps; habíamos olvidado que los vuestros salvaron á nuestros guardias franceses en Fontenoy.»

Eran los guardias franceses, hoy guardias nacionales; era el bravo y generoso Hoche, entonces sargento mayor solamente; era el pueblo que iba á salvar á la nobleza. La puerta se abrió, y llorando todos, se arrojaron unos en brazos de otros.

En aquel momento el rey, creyendo el paso forzado y tomando á los salvadores por los asesinos, abrió él mismo su puerta, por un movimiento de valerosa compasión, y dijo: «No hagáis daño á mis guardias.»

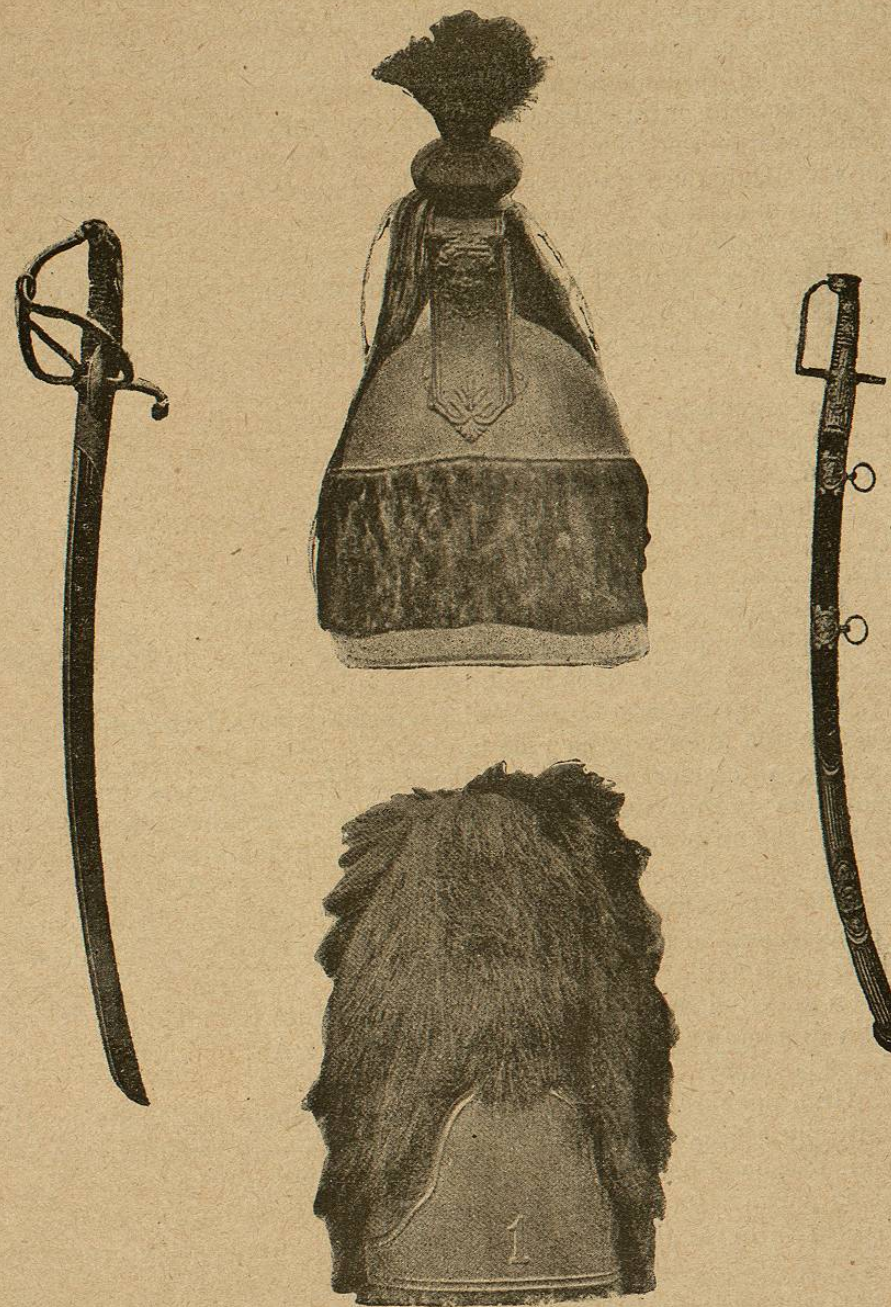
El peligro había pasado. La multitud estaba tranquila. Sólo los ladrones no cesaban en su obra, apoderándose de cuanto encontraban. Los granaderos arrojaron del castillo á esta canalla.

Una escena de horror ocurrió entonces á la entrada del edificio. Un hombre de larga barba trabajaba afanosamente cortando con su hacha las cabezas de dos cadáveres, de los dos guardias muertos en la escalera.

Aquel miserable, á quien algunos creyeron un famoso bandolero del Mediodía, era sencillamente un modelo de la Academia de pintura, que para aquel día se había colocado una pintoresca túnica de esclavo antiguo que extrañó á todo el mundo y aumentó el terror (1).

Lafayette, despertado demasiado tarde, llegó entonces á caballo. Vió á un guardia de corps apresado y amarrado junto al cadáver de un hombre de los que los suyos habían muerto. Se le iba á matar como represalia.

(1) Nicolás, este era su nombre, no había dado jamás señales de violencia ni de mala inclinación, según declaró su patrón. Los niños tiraban de la barba á aquel hombre terrible sin que se enfadase. En el fondo era un hombre vanidoso, un poco loco, que creyó hacer una cosa fuerte, enérgica, original y reproducir, acaso, las escenas sangrientas de que había sido modelo en pinturas ó comparsa en el teatro. Cuando hubo realizado aquel acto horrible y notó que las gentes se apartaban de él horrorizadas, tuvo el sentimiento de aquella soledad, y tristemente conmovido y con diversos pretextos, buscó amigos pidiendo tabaco á un criado, un poco de vino á un suizo pagándole él, y finalmente huyendo, desesperándose y rasurándose la barba. (Veanse las declaraciones en el *Monitor*.) Las cabezas fueron llevadas á París en lo alto de dos picas; una de ellas la llevaba un niño. Según algunos testigos, fueron llevadas aquella misma mañana; según otros, poco antes del rey y, por lo tanto, en presencia de Lafayette, cosa poco verosímil. Los guardias de corps habían matado cinco hombres del pueblo ó guardias nacionales de Versailles. La multitud mató siete guardias de corps.



Casco de dragón.—Morrión de granadero.—Sable de húsar.—Sable de oficial de caballería
(Del Museo de la Revolución, París)